

una roca situada a gran altura, destacándose sobre el cielo, exclamó:

—Hubiera debido aparecer en aquellos desfileros, como ese jinete que aparece por encima de nuestras cabezas, y no se hubiese llevado a cabo la insensata empresa, y “el Sol nuestro dios reinaría aún en el imperio de los Incas”.

Al decir esto, la figura del empleado del Banco franco-belga parecía agrandarse en su silla. Su gesto romántico abarcaba la mole colosal de los Andes, que parecía estar allí para servir de pedestal al indio de lo alto del picacho, que, montado en su caballo, permanecía inmóvil, como una estatua de bronce. Miraba la caravana que pasaba a sus pies.

—¡Huáscar!—exclamó María Teresa.

Y todos, en efecto, reconocieron a Huáscar. Y hasta el momento en que salieron de la primera cadena de los Andes, estuvieron viéndole, unas veces delante, otras detrás, siempre inmóvil, mientras ellos pasaban, por sobre sus cabezas, como un protector o como una amenaza. Su alta silueta ecuestre no cesaba de dominarles y de perseguirles.

Los viajeros pasaron otra noche en tiendas de campaña, y al día siguiente llegaron al valle de Cajamarca, que hallaron embellecido con todas las galas de la Naturaleza. Dilatábase como una alfombra de verdor rico y variado, ofreciendo un contraste notable con la sombría silueta de los Andes que le rodeaban. ¡Tal debió aparecer este risueño valle ante los ojos deslumbrados de los

soldados de Pizarro! En la época del “conquistador” lo habitaba un pueblo más adelantado que todos los que los españoles pudieron hallar al otro lado de las montañas, como lo probaba el lujo de sus vestidos y el aseo y la holgura de sus personas y de sus casas. (1) Hasta donde la vista podía alcanzar, la llanura ofrecía el aspecto de un campo cuidadosamente cultivado. A través de las praderas deslizábase un ancho río que facilitaba el riego abundante por medio de aequias y acueductos subterráneos. El valle, cortado por setos verdescentes, aparecía cuajado de plantas diversas, porque el suelo era rico y el clima, aunque menos cálido que el de las regiones abrasadoras de la costa, favorecía aún más las ricas producciones de las latitudes templadas. A los pies de los aventureros extendíase la ciudad de Cajamarca con sus blancas casas que centelleaban al sol, semejante a una piedra preciosa que relumbrase al pie de la Sierra.

Una legua más allá, en el mismo valle, Pizarro había podido ver unas columnas de vapor que se elevaban hasta el cielo indicando la situación de los famosos baños calientes, muy frecuentados por los príncipes peruanos.

Pero en aquel mismo lugar se ofreció a los ojos de los soldados de Pizarro un espectáculo menos agradable. En las laderas de los cerros vieron una nube blanca de tiendas de campaña tan compactas como copos de nieve, que cubrían el suelo en

(1) Xerez, *Conq. del Perú*, Tomo III, p. 195.

un espacio, al parecer, de muchas millas (1). "Todos nos quedamos absortos—exclamó uno de los conquistadores—al ver a los indios ocupando tan soberbia posición, y tantas tiendas mejor dispuestas de lo que era costumbre entre los indios. Ante este espectáculo sintieron cierto sobresalto y hasta algún terror los corazones más esforzados. Pero era demasiado tarde para retroceder o para dar muestras de desaliento. Así, pues, adoptando el continente más bizarro que nos fué posible, nos preparamos a entrar en Caxamarxa, luego de haber reconocido fríamente el terreno."

Enardecido por estos recuerdos y exaltadísimo al verse en un paraje en el que había tenido lugar la aventura más increíble del mundo, Francisco Gaspar, alzándose sobre sus estribos, no cesaba de saludar en términos entusiastas la Caxamarxa de sus sueños. Asesorado por Oviedo Runtu, señalaba el sitio exacto en donde esperaban Atahualpa y sus cincuenta mil guerreros. Este ejército prodigioso en aquella América descubierta por Cristóbal Colón, tan sólo cuarenta años antes de que Pizarro emprendiese su insensata conquista, este ejército formidable no asustaba a Francisco Gaspar, que parecía un conquistador y que no estaba muy lejos de creerse un héroe de la historia antigua cuando exclamaba: "¡Adelante!"

Nadie dice lo que sintió el monarca peruano al ver la belicosa cabalgata de los cristianos, con sus banderas flotantes y sus armaduras que cente-

(1) Prescott. «Historia de la conquista del Perú».

lleaban a los rayos del sol poniente, salir de entre las sombrías quebradas de la Sierra y adelantarse en actitud hostil hacia los hermosos dominios sólo hollados hasta aquel instante por la planta de los pieles rojas, pero si sabemos que cuando los viajeros vieron alejarse a Francisco Gaspar arrastrado por su mula desbocada, lanzaron todos una sonora carcajada. Excitadas por las risas y las exclamaciones de alegría, todas las demás mulas siguieron a su compañera, unas al troté, otras al galope. El ruido que tras sí oía sólo servía para excitar a la montura del desdichado académico, tanto que el desenlace previsto de esta carrera no se hizo esperar.

La mula tropezó y el académico salió por las orejas, yendo a parar a unos cuantos metros de distancia. Todos se precipitaron hacia él. Cuando le rodearon ya estaba de pie. No se había hecho ningún daño, y parecía entusiasmado.

—¡Señoras y señores—exclamó—: así es como Pizarro ganó su primera batalla!

Y explicó a María Teresa y a Raimundo, que le escuchaban sonrientes, que, en efecto, en uno de los primeros encuentros que con los incas tuvo el aventurero español, algún tiempo después de su desembarco y antes de cruzar los Andes, hallábase a punto de sucumbir ante un ejército más fuerte, cuando uno de sus soldados fué despedido de la silla. Ahora bien: fué tal el estupor de los incas—que desconocían los caballos y que, por consiguiente, ignoraban el arte de la equitación—al ver "dividirse en dos" a aquel animal maravi-

lloso (caballo y jinete), que hasta entonces habían creído "uno solo", que abandonaron el campo gritando como locos.

Como es natural, nadie creyó a Francisco Gaspar que, sin embargo, contaba la verdad. Pero toda esta historia de la conquista del Perú es tan fantástica, que es preciso perdonar a los incrédulos que no han leído los textos auténticos conservados en los archivos de Madrid, y de los cuales había tenido buen cuidado Francisco Gaspar de sacar copia antes de embarcarse con su sobrino para llevar a cabo el nuevo descubrimiento de América. Aún se reían de la aventura cuando llegaron a Cajamarca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN REGALO DE ATAHUALPA

ENTRARON en la ciudad al anochecer, y lo que desde el primer instante llamó la atención de todos los viajeros, fué el gran número de indios que encontraban por las calles, y su silencio.

Cajamarca cuenta de ordinario con doce o trece mil habitantes; aquella noche seguramente cerraba el doble. Por lo demás, la caravana había encontrado en el camino largas hileras de indígenas procedentes de la costa o de la montaña, que se dirigían a la Ciudad Santa, porque Cajamarca es una ciudad sagrada para los indios. Puede decirse que es la necrópolis de los Incas, y no da uno un paso por sus calles o por sus plazas públicas sin encontrar infinidad de recuerdos del antiguo esplendor del imperio desaparecido.

Fácil era adivinar, por la actitud de los quichúas que recorrían las históricas calles, que toda aquella muchedumbre se dirigía a aquel lugar en piadosa peregrinación. Y no fueron los viajeros los más asombrados, sino los habitantes de la ciudad, que no recordaban haber presenciado nunca se-

mejante invasión. Ni aun los más ancianos tenían memoria de que la fiesta del "Interaymi" hubiera congregado nunca ostensiblemente tan inmensa multitud; hasta en la solemnidad decenal, el indio, "más bien que exhibirse, lo que hacía era ocultarse".

¿Qué significaba aquella agitación? Las autoridades estaban bastante inquietas, pero no tenían ningún pretexto para intervenir. Las escasas fuerzas de que disponían a la sazón en Cajamarca, y que habían ido a la ciudad en previsión de lo que pudiera ocurrir cuando García tremoló en el otro extremo del Perú el estandarte de la rebelión, excitando el fanatismo de los indios, habían sido acuarteladas.

Las puertas de las ocho iglesias estaban guardadas militarmente por temor a una sorpresa, porque cada uno de aquellos edificios podía ser transformado fácilmente en una fortaleza. Y por último, parte de la fuerza pública estaba formada en la plaza central, no lejos de las ruinas del palacio en donde se encuentra la famosa piedra sobre la cual fué quemado Atahualpa, el último rey inca.

Este era el eje de aquella manifestación muda, el objeto de los largos viajes de los indios a través de la montaña. Por lo menos, tal parecía ser —la visita a aquella piedra— el fin religioso que los había llevado en tan gran número a Cajamarca.

El marqués, estupefacto, recordaba con inquietud que la gran sublevación india de 1818 había

sido precedida de manifestaciones análogas. ¿Serían, realmente, las fiestas del "Interaymi", que debían comenzar al día siguiente y durar dos semanas, la señal de uno de aquellos motines populares que el Gobierno peruano creía tener motivos para no temer desde hacía mucho tiempo?

En el momento en que Cristóbal se dirigía esta pregunta, se detuvo bruscamente ante un edificio que, según anunciaba un letrado, era la Administración de Correos. E inmediatamente echó pie a tierra. Raimundo y María Teresa cambiaron una sonrisa. Al fin iban a saber el nombre del bromista que había enviado la "pulsera del Sol de oro". Y refrenaron sus mulas, esperando el regreso del marqués con una indiferencia tal vez algo afectada.

Al cabo de cinco minutos salió el marqués de la Administración de Correos.

—Ya sé el nombre y las señas—dijo con aire preocupado.

—¿Y cómo se llama nuestro corresponsal?—preguntó María Teresa.

—¡Se llama Atahualpa!—replicó el marqués, montando nuevamente en su mula.

—¡Sigue la broma!—dijo María Teresa con voz algo alterada.

—Así parece—murmuró Cristóbal—. He hablado con el empleado que recibió el paquete postal, y que ha recordado fácilmente al remitente, porque también a él le chocó el nombre de "Atahualpa". La cajita la trajo un indio quichúa, que al ser interrogado por el empleado aseguró

que Atahualpa era su verdadero nombre, lo que, después de todo, es muy posible.

—Puesto que han dado sus señas, vamos a hacerle una visita—dijo Raimundo.

—Iba a proponerlo—replicó Cristóbal.

Y espoleó a su mula, poniéndose a la cabeza de la caravana. Francisco Gaspar cerraba la marcha, sin dejar de tomar notas, apoyado el librito de memorias en la perilla de la silla.

Cruzaron un riachuelo que desemboca en un afluente del Marañón; pasaron por junto a las ruinas de San Francisco, la primera iglesia construída en el Perú, y el marqués, después de preguntar varias veces si era aquel el camino que debía seguir, condujo a sus compañeros a una plaza que hervía en indios.

En uno de los lados de la plaza alzábanse vestustos murallones que aún conservaban aspecto de palacio. Aquella había sido la última morada del último rey inca. Allí había vivido rodeado de esplendor y allí se había preparado el martirio.

Allí había habitado Atahualpa, y allí era donde el empleado de Correos había enviado a Cristóbal de la Torre.

Arrastrada por la multitud, la caravana tuvo que efectuar una extraña evolución que la llevó al palacio, cuyas puertas franqueó sin saber cómo.

Los viajeros se hallaron en un vasto recinto lleno de indios, unos de pie, mostrando orgullosamente sus frentes de jefes; otros, prosternados en torno de una piedra central, la piedra sagrada, la piedra del mártir.

Detrás de esta piedra, de pie en un banco, un indígena, envuelto en su poncho de un rojo brillante, un poncho que ninguno de los españoles que estaban allí había podido ver aún sobre los hombros de un indio, hablaba... y todos le escuchaban en medio de un silencio solemne.

Hablaba en indio quichúa.

Pero a la llegada de Cristóbal, de María Teresa, de Raimundo y de Francisco Gaspar, oyóse una voz que interrumpió aquella especie de salmodia del hombre del poncho rojo. Y aquella voz decía:

“—¡Habla en español! ¡Así todos lo entenderán!”

El marqués y María Teresa se volvieron.

El empleado del Banco franco-belga estaba detrás de ellos, saludándoles y diciéndoles que había intervenido en obsequio suyo.

Cosa extraordinaria: esta interrupción, que hubiese podido parecer sacrílega, no fué seguida de ningún murmullo. ¡Y el indio del poncho rojo habló en español!

Decía:

—En aquella época, el inca era todopoderoso y su ejército formidable. La ciudad tenía sus casas de arcilla y sus tres murallas en espiral, construídas con sillares. Era una plaza muy fuerte, y en ella había una ciudadela y un convento habitado por Vírgenes del Sol. El inca hospitalario, que no temía nada y que no conocía la traición, dejó entrar a los hombres blancos en esta ciudad, que hubiera podido ser su prisión, y en donde fueron

recibidos como amigos, como nobles enviados del otro ilustre emperador que reinaba al otro lado de los mares.

Ahora bien: también en aquella época el jefe de los extranjeros dividió su pequeño ejército en tres partes y se dirigió hacia la ciudad en son de guerra, porque no conocía el corazón generoso del inca. Entonces el inca dijo: "Puesto que recelan de nuestra hospitalidad, salgamos de esta ciudad que será para ellos un asilo y la paz volverá a sus espíritus." Por esta razón, cuando el conquistador se acercó con sus soldados formados en batalla, nadie salió a recibirle, y recorrió las calles a caballo sin encontrar alma viviente y sin oír otro rumor que el eco de los pasos de sus guerreros.

Al llegar aquí, el hombre rojo pareció recogerse, y luego prosiguió:

—Esto sucedía ya bastante entrado el día. El extranjero envió inmediatamente una embajada al campo inca. El hermano del extranjero, que se llamaba Fernando, fué al campamento, con veinte caballeros; solicitó hablar con el Inca. Este le recibió en su trono, ceñida a su frente la diadema real

Estaba rodeado de sus oficiales y de sus mujeres. Las palabras del extranjero eran dulces como la miel. El Inca les dijo: "Decid a vuestro capitán que observe un ayuno que terminará mañana. Entonces le visitaré con mis principales jefes. Entretanto le permito ocupar los edificios públicos de la ciudad, pero ni uno solo más, hasta mi llegada; entonces ordenaré lo que convenga."

Ahora bien: después de pronunciadas estas pa-

labras, sucedió que un caballero español, para demostrar su gratitud al Inca, que hasta entonces no había visto un hombre a caballo, desplegó sus talentos de caballista. Pero como algunos de los presentes dieran muestras de terror, mientras el Inca permanecía impasible, el Inca les condenó a muerte, como era justo. Después de lo cual los embajadores bebieron la "chicha" en los vasos de oro que les presentaron las Vírgenes del Sol. Y se volvieron a Cajamarca. Ahora bien: llenos de tristeza contaron a su jefe lo que habían visto: la magnificencia del campamento, la fuerza y el número de las tropas, su excelente disposición y su disciplina; la desesperación hizo presa en el corazón de los soldados del extranjero, sobre todo cuando llegó la noche y vieron las hogueras de los incas que iluminaban las laderas de los montes y brillaban en la obscuridad, tan numerosas como las estrellas del cielo.

El hombre rojo se recogió de nuevo; luego prosiguió:

—Pero el extranjero, a quien nada detenía en la senda del mal, revistó sus tropas, dirigiéndoles la palabra envenenada que debía reanimar su valor. Al día siguiente, por la tarde, el cortejo del Inca se puso en marcha. Por sobre la multitud veíase al rey, a quien llevaban en hombros los principales de la nación.

Tras él, hasta donde alcanzaba la vista, desplegábase su ejército por las vastas praderas (1).

(1) Xerez. «Conq. del Perú». (Xerez era secretario en la expedición de Pizarro).

En toda la ciudad reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por el grito del centinela, que indicaba desde lo alto de la fortaleza los movimientos del ejército del Inca.

Primero entraron en la ciudad unos cuantos centenares de servidores, que mientras andaban entonaban cantos de triunfo que en los oídos del extranjero debían resonar como cantos del infierno. Luego aparecieron los guerreros, los guardias, los nobles de vestiduras recubiertas de plata, de cobre y de oro. Nuestro Atahualpa, el hijo del Sol, era conducido en una litera y estaba sentado, dominando a todos, en un trono de oro macizo. Ahora bien: el cortejo llegó hasta el centro de la plaza sin que los indios viesan un solo hombre blanco. Cuando Atahualpa, el hijo del Sol, entró en esta plaza con seis mil de los nuestros, preguntó: "¿En dónde están los extranjeros?" En aquel momento un fraile, a quien nadie había visto hasta entonces, se adelantó hacia el Inca, con una cruz en la mano. Acompañábale un indio intérprete que expuso al Inca los principios de la fe del extranjero y le pidió que abandonara su dios por el de los cristianos. Atahualpa respondió: "¡Vuestro Dios fué sacrificado por los hombres que había creado! Pero el mío—dijo señalando su divinidad, que en aquel mismo momento se ocultaba tras las montañas—, *mi Dios, vive aún en los cielos, desde los cuales contempla a sus hijos!*"

Al pronunciar estas palabras el orador del pon-

cho rojo, todos los indios que rodeaban a Cristóbal y a sus compañeros, se volvieron hacia el sol que iba a desaparecer tras de los Andes, y lanzaron un extraño grito de alegría, un grito de esperanza y de adiós al astro del día, transmitido de generación en generación. Por una hendidura del muro veíase la inflamada púrpura del atardecer inca, y la escena tenía tal majestad que María Teresa y Raimundo no pudieron menos de estremecerse. Sí, no cabía duda; el dios Sol tenía aún sus fieles como en la trágica noche de la derrota de Atahualpa. No había más que ver a aquellos hombres, exaltados, trémulos, que al cabo de tantos siglos conservaban el mismo idioma, las mismas costumbres. La conquista no les había hecho cambiar. ¡Habían conservado la tradición! Y tal vez, después de todo, no fuese una leyenda aquello de que "en esa ciudad, cuya existencia no conocían ni sospechaban las otras razas, en una ciudad defendida por el baluarte inaccesible de los Andes y las nieves eternas, había sacerdotes que se ocupaban incesantemente en mantener vivo el fuego sagrado". Su historia, más duradera aún que sus monumentos, cuyas maravillosas ruinas causan, sin embargo, al viajero tanta admiración como las de las llanuras de Lucsor y de Karnac, su historia inmortal, con todos sus detalles particulares pasaba de boca en boca a través de los tiempos. Y el milagro de la inmovilidad del relato sólo se había cumplido quizá porque aquel pueblo no conocía la escritura. Nada de escritura (estaba prohibida), nada de literatura entre los incas, nada de ficciones

poéticas. Sólo la memoria fiel, auxiliada por los "quipos" (cuerdas con nudos que servían para contar y recordar), sólo la memoria fiel repetía las mismas palabras y "hacia comenzar nuevamente las mismas cosas a las mismas horas", desde tiempo inmemorial.

Los indios escucharon de rodillas el relato de la muerte de Atahualpa. Cosa singular; la mayor parte de ellos, al prosternarse, hacían la señal de la cruz. ¿Cuál era el origen de este signo? ¿Debía considerarse únicamente como una nueva prueba de aquella extraña mezcla que de los dos cultos, el antiguo y el nuevo, había hecho el pueblo indio perseguido en otro tiempo por la Inquisición? ¿Se remontaba a una época más lejana aún? Ciertos historiadores pretenden que los primeros conquistadores observaron que los aztecas y los incas hacían la señal de la cruz, y de ello dedujeron que la civilización de los imperios podía haber sido originada o acelerada por la estupenda aventura de los naufragos cristianos, que iban en pos de lo Desconocido a través de la India, la China y los mares del Pacífico. ¡Cuántos problemas suscitados y jamás resueltos!

Indiferente al drama que en aquel momento se representaba en torno suyo, el ilustre Francisco Gaspar Ozoux, miembro del Instituto de Francia, sólo vivía para el pasado, pues su filosofía de pacotilla no veía la relación que existía entre la tragedia antigua y el gesto del Hombre del poncho rojo y los movimientos de aquella multitud que había arrastrado a los descendientes del Conquistador

hasta aquella misma sala en que lloraban la muerte de Atahualpa...

Con su acento monótono, el sacerdote rojo recordaba las terribles fases de la espantosa catástrofe:

—Pizarro y sus soldados, apercebidos a la lucha, permanecían ocultos en las vastas salas de los palacios que rodeaban la plaza. Allí fué a buscarles el fraile que había osado hablar a Atahualpa del verdadero Dios. "No veis—le dijo a Pizarro—que, en tanto que gastamos el tiempo en discutir con ese perro ciego de orgullo, el campo se llena de indios. ¡Atacadle! ¡Os doy la absolución!"

Habían llegado al desenlace del drama, a lo que el hombre rojo llamaba: "el crimen del extranjero". Para referirle se empujó sobre su banco y su ademán amenazador dominó la multitud, y hasta al mismo Cristóbal, caballero en su mula, y a sus compañeros.

Entonces supieron cómo, precipitándose a la plaza, Pizarro y sus compañeros lanzaron su antiguo grito de guerra: "¡Santiago y a ellos!" Todos los españoles que había en la ciudad respondieron con el mismo grito de guerra, y saliendo de las espaciosas cuadras en que estaban ocultos invadieron la plaza, e infantes y jinetes acometieron a los indios. Apoderóse de éstos el pánico. No sabían adónde huir para evitar la muerte que les amenazaba.

—Nobles y plebeyos fueron arrollados en las espantosas cargas de los jinetes que herían a dies-



tro y siniestro, sin miramientos, en tanto que sus espadas, que centelleaban en la obscuridad, llenaban de espanto a los pobres indígenas que por vez primera veían a los jinetes en su aspecto más horrible. No opusieron resistencia ninguna; verdad es que no tenían armas. Todas las salidas estaban cerradas, pues la entrada de la plaza había quedado obstruída por los que habían perecido haciendo inútiles esfuerzos para huir, y era tal la angustia que experimentaban los supervivientes ante la terrible acometida de sus agresores, que un grupo numeroso de indios derribó, tras de convulsivos esfuerzos, un muro de piedra y de cemento que formaba parte de la muralla de la plaza. Aquel muro cayó, dejando una brecha de más de cien pasos, por la que se precipitó al campo la multitud, siempre encarnizadamente perseguida por la caballería, que saltando por encima de los escombros se lanzó sobre los fugitivos, sembrando el campo de cadáveres (1).

(1) Prescott, Pedro Pizarro, Xerez. Los indios que acompañaban a Atahualpa iban armados? El autor de la «Relación del primer descubrimiento», dice que algunos de los que rodeaban al Inca llevaban arcos y flechas y que otros iban armados con chiporras o mazos de plata y de cobre, que, en realidad, más bien era un adorno que un arma.—Pedro Pizarro, y algunos otros más modernos, dicen que los indios llevaban lazos para atar a los blancos cautivos, como si hubiesen tenido la seguridad de que se redujeron a un número «no les permitiría defenderse.» Fernando Pizarro y el secretario Xerez, afirman que llevaban ocultas las armas bajo las ropas, pero como no dicen que hiciesen uso de ellas y que además el Inca había anunciado que entraría en la ciudad sin armas, el aserto puede ponerse en duda y hasta desmentirse. Todos los autores sin excepción, convienen en que los indios no trataron de resistir.

En medio de esta confusión, la litera de Atahualpa y su trono de oro macizo se veían zarandeados terriblemente, en tanto que el rey presenciaba la matanza de los suyos. Los soldados españoles, merced a un esfuerzo supremo, consiguieron llegar hasta él y quisieron matarle. Pero Pizarro, que era el que más cerca de él se hallaba, gritó con estentórea voz: «El que tenga apego a la vida, que no toque al Inca»; y, al extender el brazo para protegerle, fué herido en la mano por uno de sus soldados.

La lucha se trabó entonces con más encarnizamiento que nunca en torno a la litera real. Esta vacilaba cada vez más y como al fin muriesen varios de los nobles que la llevaban a hombros, rodó por el suelo. Pizarro y sus hombres recibieron al Inca en sus brazos. La «borla» imperial fué arrancada inmediatamente de las sienes del monarca por un soldado llamado Estete, y Atahualpa, seguido de una numerosa escolta, fué conducido a la sala inmediata al lugar en que el sacerdote quichúa refería con su voz trémula, ora doliente, ora amenazadora, estos sucesos memorables y tristes.

En el mismo instante cesó toda resistencia. La noticia de la prisión del Inca corrió rápidamente por la ciudad y por toda la nación. El encanto que hubiese podido mantener unidos a los peruanos estaba roto. Nadie pensaba más que en su propia seguridad. Hasta los mismos soldados acampados en las llanuras inmediatas, cobraron miedo al conocer la fatal noticia y se dispersaron.

Aquella noche Pizarro hizo comer a Atahualpa a su mesa. El Inca mostraba un valor sorprendente y nada podía hacerle perder su impassibilidad.

Al día siguiente comenzó el saqueo. Jamás los españoles habían podido soñar con tanto oro y con tanta plata. Y entonces fué cuando Atahualpa descubrió en sus vencedores, bajo las apariencias del celo religioso que tendía a convertirle, una pasión oculta más poderosa que la religión o la ambición: el amor al oro. Un día le dijo a Pizarro que si quería ponerle en libertad se comprometía a cubrir de oro el piso de la sala en que se hallaban.

Sus oyentes le escuchaban con una sonrisa de incredulidad; y como el Inca no recibía respuesta, dijo con énfasis: "que no solamente cubriría el suelo, sino que llenaría de oro aquella estancia hasta donde alcanzase con la mano"; y poniéndose de puntillas tocó con su mano la pared.

Todos los ojos expresaron sorpresa; porque aquellas palabras parecían el necio alarde de un hombre demasiado deseoso de recobrar la libertad para calcular el valor de sus frases. Pero Pizarro estaba verdaderamente preocupado. A medida que se internaba en el país, muchas cosas que había visto y otras que había oído, habían venido a confirmar los maravillosos relatos que acerca de las riquezas del Perú le habían hecho. El mismo Atahualpa le había descrito con los más brillantes colores la opulencia del Cuzco, la primera capital de los incas, en la que los techos de los

templos estaban revestidos de oro, las paredes cubiertas de tapices y el suelo enlosado con losas del precioso metal. Todo aquello debía tener un fundamento. En todo caso era conveniente aceptar la proposición del Inca, pues de esta suerte podía reunir todo el oro de que éste disponía y evitar que los indígenas robaran o lo escondieran.

Aceptó, pues, el ofrecimiento de Atahualpa y, trazando en la pared una línea roja a la altura indicada por el Inca, mandó al notario que hiciese constar en un acta los términos exactos del convenio. La estancia tenía unos diez y siete pies de ancho por veintidós de largo y la línea estaba trazada en la pared a nueve pies del suelo (1).

Al llegar a esta parte de su salmodia que hemos resumido aquí en un relato necesario para hacer resurgir el pasado a los ojos de nuestros lectores, el sacerdote rojo se detuvo, se acercó a la pared y con el dedo señaló una línea roja bastante visible aún, diciendo: "Esa es la señal del rescate!". (2)

(1) Véase Prescott que se atiene a las dimensiones indicadas por el secretario Xerez, («Conq. del Perú, ap. Barcía, t. III, página 202»). Según Fernando Pizarro, la habitación tenía nueve pies de elevación, y treinta y cinco de largo por diez y siete o diez y ocho de ancho. (Carta M. S.) Las dimensiones más moderadas son suficientemente considerables.

(2) Stevenson dice que aún enseñan «una espaciosa estancia del antiguo palacio, que, cuando él estuvo allí era la residencia del cacique Astopilca, y en el que había estado preso el infortunado Inca», y añade que aún se verá la línea trazada en la pared. («Residence in South América, vol. II, p. 63»). En el Perú abundan las ruinas tan antiguas como la conquista, y no es extraño que aún se conserve el recuerdo de un acontecimiento tan memorable.

Aquella estancia debía, pues, llenarse de oro hasta la altura indicada por la línea, pero se convino en que el oro no debía estar fundido en lingotes sino conservar la forma de los objetos con él fabricados, para que el Inca tuviese en su favor el espacio que de esta suerte ocupaban. Atahualpa prometió además llenar de plata por dos veces una habitación inmediata de grandes dimensiones y pidió dos meses para cumplir su promesa. En breve marcharon a todas las provincias del imperio los emisarios del Inca, elegidos entre los prisioneros.

Como es natural, el Inca estaba muy vigilado, porque, al mismo tiempo que su cautividad garantizaba la seguridad de Pizarro, su persona representaba para él a la sazón una fortuna fabulosa. En su infortunio Atahualpa recibió la visita de los principales señores de la corte, que no se presentaban jamás delante de él sino descalzos y con un saco sobre los hombros, en señal de respeto. Los españoles observaban con curiosidad estos actos de vasallaje o mejor dicho de sumisión servil, que el Inca contemplaba con indiferencia, como si fuesen la cosa más natural del mundo; y formaron una idea muy elevada del carácter de un príncipe que, aún hallándose reducido a la impotencia, podía inspirar a sus súbditos tales sentimientos de respeto. Entre tanto, la estancia comenzaba a llenarse de objetos preciosos. Pero las distancias eran grandes y la recaudación se llevaba a cabo lentamente. La mayor parte de las remesas se componían de fuentes macizas, algunas

de las cuales pesaban dos o tres arrobas. Algunos días, los indios entregaban objetos que valían 30 o 40 mil "pesos de oro", y a veces, cincuenta y hasta sesenta mil "pesos". Las codiciosas miradas de los conquistadores acariciaban los tesoros que los indios conducían sobre sus hombros y que depositaban a los pies de su infortunado monarca. ¡Pero, cuán grande era el espacio que aún quedaba por llenar! Como sus soldados comenzaban a impacientarse, Pizarro envió a su hermano Fernando a Cuzco con algunos jinetes y una orden del Inca. Y los peruanos tuvieron que despojar a toda prisa sus casas y sus templos.

Las planchas que los enviados de Pizarro arrancaron con sus propias manos del templo del Sol, ascendían a setecientas, y aunque no fuesen muy gruesas, las comparan por las dimensiones a la tapa de un baúl de diez o doce pulgadas de largo. El edificio estaba rodeado de una cornisa de oro puro, pero tan sólidamente embutida en la piedra, que desafió todos los esfuerzos de los conquistadores.

Los mensajeros, además de la plata, llevaban consigo doscientas "cargas" de oro completas. Gracias a ello aumentó de una manera considerable el tributo de Atahualpa; y aunque el tesoro quedase aún muy por bajo de la línea trazada, el monarca veía acercarse con satisfacción el momento en que al fin lograría ver reunido su rescate.

Los españoles no tuvieron paciencia para esperar ese momento. Por el reino corrían rumores

de que iba a estallar una rebelión. Era preciso volver cuanto antes a Cuzco con los refuerzos que acababan de llegar de Panamá. Pero por nada del mundo hubiesen dejado los aventureros tras ellos semejante tesoro. Decidieron repartírselo.

Sin embargo, antes de proceder al reparto, era preciso reducirlo todo a lingotes de un valor y de un peso uniformes; porque el botín se componía de infinidad de objetos diversos en los que el oro alcanzaba muy distintos grados de pureza. Estos objetos consistían en cubiletes, aguamaniles, bandejas, vasos de todas formas y tamaños, ornamentos y utensilios para los templos y los palacios reales, losas y láminas para decorar los edificios públicos, imitación curiosa de plantas, la más bella era el maíz, cuya espiga de oro aparecía encajada en sus anchas hojas de plata, de las que pendía una bellota formada de hilos del mismo metal. Admirábase mucho también una fuente que lanzaba un brillante chorro de oro, en tanto que en el pilón, pájaros y animales del mismo metal jugueteaban en el agua. La delicadeza del trabajo, la belleza y la perfección del dibujo, excitaron la admiración de jueces más inteligentes que los groseros conquistadores del Perú (1).

Antes de destruir aquellas muestras del arte indio, decidieron enviar a Carlos V algunos de aquellos objetos que se descontarían del quinto real. Darían una idea de la habilidad de los indios y

(1) Xerez. «Acta del Reparto del Rescate de Atahualpa». Herrera, «Historia General». Prescott, «Historia de la conquista del Perú».

constituirían al mismo tiempo una prueba de la importancia de la conquista.

Los encargados de fundir la vajilla fueron los orfebres del país, a los que de esta suerte obligaron a destruir su propia obra. Trabajaban día y noche; pero la cantidad de metal que había que fundir era tan considerable, que tardaron un mes entero. Cuando todo estaba reducido a lingotes, de un valor uniforme, los pesaron cuidadosamente bajo la vigilancia de los inspectores reales. Vióse entonces que el valor total del oro era de un millón trescientos veintiséis mil quinientos treinta y nueve «pesos de oro», cantidad que, teniendo en cuenta el mayor valor del dinero en el siglo XVI, equivaldría en la actualidad a más de tres millones y medio de libras esterlinas, o sea un poco menos de quince millones y medio de dólares, es decir, «setenta y siete millones de francos».

La cantidad de plata se calculó en cincuenta y un mil seiscientos diez marcos (1).

Efectuado el reparto de todas estas riquezas, el rey cautivo estorbaba a los conquistadores. Poner a Atahualpa en libertad era la mayor de las imprudencias. ¿Qué hacer entonces?... Entonces imaginaron una infamia. Primero acusaron al Inca de preparar disimuladamente la rebelión de

(1) No hay memoria de que semejante botín,—y en la forma más realizable, en dinero contante y sonante, por decirlo así,—haya caído jamás en poder de una cuadrilla de aventureros como los conquistadores del Perú, y el hecho es tan increíble, que el autor de «La Esposa del Sol» no ha vacilado en dar acerca de él los anteriores detalles, que son muy poco conocidos, que no se han vulgarizado y que duermen bajo el polvo de las bibliotecas.

sus súbditos contra los españoles en Cajamarca. Atahualpa respondió a Pizarro:

—¿No soy un pobre prisionero tuyo? ¿Cómo he de poder formar los proyectos que me imputáis, cuando yo sería la primera víctima si llegasen a realizarse? Y bien poco conocéis a mi pueblo si creéis que semejante rebelión puede estallar sin una orden mía, “pues en mis Estados, ni los mismos pájaros se atreven a volar contra mi voluntad” (1).

Pero estas protestas de inocencia no convencieron a las tropas, entre las que cada vez iba tomando más cuerpo el rumor de una sublevación general. Se decía que un ejército considerable había acampado en Guamachucho, a menos de cien millas del campamento, y que de un momento a otro podían ser atacados. El tesoro que los españoles habían reunido representaba un bonito botín, y el temor de perderlo acrecía su desconfianza.

Habían duplicado las patrullas y tenían los caballos constantemente ensillados y embriados. Los soldados dormían completamente armados y Pizarro recorría con frecuencia el campamento para ver si los centinelas estaban en sus puestos. En una palabra, el pequeño ejército se preparaba a rechazar un ataque repentino.

Pero los aventureros reclamaban, ante todo, la muerte de Inca. Pizarro se resistió, o fingió resistirse a cometer semejante traición, pero al fin tuvo que ceder y el Inca fué juzgado.

Convicto de haber tratado de promover una in-

(1) Zárate, «Cong. del Perú», lib. II, cap. VII.

surrección contra los españoles, fué condenado a ser quemado vivo.

Cuando le comunicaron la sentencia, Atahualpa se manifestó en extremo sorprendido. ¡Era joven, era valiente y tenía que morir!

Esta convicción tristísima abatió por un momento su valor, y exclamó, con los ojos llenos de lágrimas: “¿Qué hemos hecho yo y mis hijos para merecer esta suerte? ¡Y me matáis vosotros—dijo dirigiéndose a Pizarro—, vosotros que sólo habéis encontrado en mi pueblo cariño y benevolencia, vosotros a quienes he entregado la mitad de mis tesoros, vosotros que sólo beneficios habéis recibido de mí!”

La sentencia del Inca fué proclamada a toque de clarín en la plaza de Cajamarca; dos horas después de ponerse el sol, los soldados españoles se formaron en la plaza a la luz de las antorchas, para presenciar la ejecución. Era el 29 de Agosto de 1533.

“Atahualpa salió de esta sala cargado de cadenas! ¡El mártir pasó por esta puerta!”

El hombre rojo descendió nuevamente de su banco; iba, venía, señalaba el camino que siguiera Atahualpa al ser conducido al suplicio, en tanto que su acento se tornaba más solemne, más evocador que nunca. Había tenido la habilidad de callar todo cuanto en este lúgubre episodio que acabamos de transcribir podía hacer más potente la inmensa audacia de los “conquistadores” y la cobardía de los súbditos del Inca. Sólo había hablado de traición.

Al llegar a esta parte de su relato y referir cómo el desdichado monarca había subido a la hoguera, el orador se volvió bruscamente hacia el punto de la sala en donde el marqués Cristóbal de la Torre y sus compañeros permanecían inmóviles, aprisionados por la multitud. Y en aquel momento era evidente que hablaba para ellos, para los extranjeros. Su palabra tornóse amenazadora, profética.

—¡ En verdad, en verdad os digo que serán malditos los hijos de aquellos cuya boca mintió! ; Morirán como perros y no conocerán jamás los encantados palacios del Sol, los hijos de aquellos que han asegurado que Atahualpa, en el momento de morir, abjuró de nuestra santa religión! ; El hijo del Sol permaneció fiel al astro del día!...

Y, en efecto, esta afirmación era, sin duda alguna, la expresión de la verdad. Todo lo que los testigos oculares cuentan acerca de Atahualpa, de su valor, de su carácter y de su impasibilidad, no concuerda en manera alguna con el relato de su conversión que nos han transmitido los frailes. Estos pretenden que cuando el Inca fué atado al poste del suplicio, rodeado por los haces de leña que habían de consumirle en breve, el dominico Valrude prometió al rey que si consentía en recibir el bautismo, la muerte cruel a que estaba condenado sería conmutada por la pena más dulce del "garrote". Le estrangularían antes que quemarle. Y Atahualpa consintió y recibió el nombre de Juan, en honor de San Juan Bautista, cuya fiesta se celebraba ese día.

En tanto que el indio protestaba de esta suerte y maldecía de los verdugos, en tanto que exclamaba: "¡Así murió el último rey de los Incas, como un vil malhechor!"; en tanto que señalaba como en un éxtasis la piedra en que Atahualpa había exhalado el último suspiro, un murmullo de cólera y de odio comenzaba a resonar en la vasta sala en torno a los extranjeros. Todos los rostros vueltos hacia ellos, tenían una expresión amenazadora. ; Sin duda consideraban un sacrilegio enorme el atrevimiento de haber franqueado el dintel de aquel recinto en semejantes momentos! ; Tantos siglos de esclavitud no habían logrado humillar sus frentes hasta tal punto que no pudiesen alzarlas en ciertos instantes, y parecía natural que ello sucediese en una circunstancia como aquélla!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡DEJAD PASAR A LA VIRGEN DEL SOL!

**H**OMBRES, mujeres y niños, cuantos habían entrado en el recinto detrás de los jefes, se agrupaban en torno a la pequeña caravana en actitud tan evidentemente hostil, que Raimundo exclamó: "¡Es preciso salir de aquí!"

—¡Sí, salgamos, salgamos cuanto antes!— exclamó María Teresa.

El marqués se dignó consentir en ello, aunque le repugnaba manifestar temor, sucediese lo que sucediese. Cuando trataban de hacer avanzar a sus monturas, estalló a su alrededor un griterío espantoso, un inmenso clamor tristísimo de los indios que lloraban la muerte de Atahualpa. Y algunos puños se alzaron contra ellos.

La situación era de las más críticas.

Cristóbal gritó: ¡Adelante!

Y clavó el primero sus espuelas en los ijares de su mula, que se encabritó en medio de un tumulto espantoso y volvió a caer sobre la multitud que gritaba sin cesar.

Los cuchillos salieron de sus vainas y ya iba a

correr la sangre, cuando en la sala se produjo una gran confusión. Un hombre de elevada estatura se abrió paso hasta la caravana, y todos se apartaron con respeto ante él. Empujaba a derecha e izquierda a los que no se apresuraban a hacerle sitio. María Teresa, Cristóbal y Raimundo reconocieron a Huáscar.

El indio se acercó a la mula que montaba María Teresa, a la que cogió por el freno, y su voz sonora dominó todos los rumores: "¡El que toque a la Virgen del Sol—exclamó—, es hombre muerto!" Al pronunciar el indio estas palabras, todos los puños, todos los brazos amenazadores volvieron a caer, y un gran silencio sucedió inmediatamente al griterío. Entonces oyóse de nuevo la voz de Huáscar: "¡Dejad pasar a los extranjeros!"

Y echó a andar delante de ellos.

Sin otro tropiezo llegaron a la plaza en donde los guardias municipales se pusieron inmediatamente a su disposición, haciéndoles comprender lo peligroso que resultaba para ellos el permanecer en aquel barrio, entre indios fanáticos, la víspera del "Interaymi".

—Vamos a acompañarlos a ustedes a la fonda—dijeron.

Y les acompañaron. Cristóbal hubiese querido dar las gracias a Huáscar, pero el indio había desaparecido.

María Teresa y Raimundo estaban muy pálidos y no decían una palabra. Francisco Gaspar parecía aturdido y ya no tomaba notas.

En la fonda sólo encontraron una habitación,

en la que se encerraron inmediatamente, y Raimundo fué el primero en pronunciar la frase fatal:

—"¡Si fuese verdad!"

—¡Sí, sí—exclamó María Teresa—, "si fuese verdad!"

—¿El qué? ¿Si fuese verdad el qué?... ¿El qué?—interrogó, medio enloquecido, el marqués, que había comprendido perfectamente los que los dos jóvenes habían querido decir.

—"¡Si fuese verdad eso de la Esposa del Sol!"

Permanecieron un instante sin hablar, anonadados por la sospecha horrible, absurda, monstruosa. Y se miraron inquietos y asustados, como niños que oyen referir un tremebundo cuento de hadas, y Raimundo murmuró con voz sorda:

—Ya han oído ustedes a Huáscar: "¡El que toque a la Virgen del Sol es hombre muerto! ¡Dejad pasar a la Virgen del Sol!..."

—Tal vez sea esa su manera de hablar—insinuó Francisco Gaspar—. "¡No puede ser más que eso!"

—¿El qué? ¿El qué?—exclamó el marqués que había perdido por completo la cabeza y que lamentaba el viaje a Cajamarca.

Francisco Gaspar explicó tímidamente:

—No puede ser más que eso, porque no puede ser otra cosa... no puede "ser lo otro". Si María Teresa tuviera que ser la "esposa del Sol no la hubiesen dejado marcharse... se hubieran apoderado de ella".

—¡Ah! pero ¿qué es lo que está usted diciendo, mi querido huésped? ¿acaso se ha vuelto us-



ted loco?—exclamó Cristóbal, que no sabía lo que se decía—. ¿Cree usted que pueden apoderarse de nosotros así como así?... ¡somos los amos!... ¡tenemos policía, soldados!... ¡todos esos miserables son nuestros esclavos! Palabra de honor; me parece que estamos soñando despiertos.

—¡Sí, sí, soñamos despiertos!—murmuró María Teresa moviendo con aire pensativo su hermosa cabeza.

—¡Yo opino que debemos salir de Cajamarca lo antes posible!—dijo Raimundo sin más explicaciones.

Y se asomó a una ventana para ver lo que sucedía delante de la fonda. Era de noche. La plaza estaba desierta. En aquel momento reinaba completo silencio en Cajamarca. De repente llamaron a la puerta de la habitación. Era un criado con una carta, dos letras dirigidas a María Teresa. La joven leyó en alta voz: "Márchese, regrese a Lima; salga de Cajamarca esta noche." Aquella esquila no estaba firmada, pero María Teresa no vaciló.

—Este consejo nos lo da Huáscar—murmuró.

—¡Y es preciso seguirlo!—dijo Raimundo. Nuevamente llamaron a la puerta; esta vez era el jefe de policía que se hacía anunciar. Le recibieron.

Quería saber lo que había pasado y si Cristóbal tenía realmente alguna queja de los indios. Al darle parte de lo ocurrido, le habían dicho que los quichúas estaban muy indignados contra los extranjeros que habían tenido el atrevimiento de

penetrar en el palacio de Atahualpa, a la hora de la oración, precisamente la víspera del "Interaymi".

Añadió que un empleado del Banco franco-belga de Lima, que pretendía conocer al marqués y a su familia y haberse criado en su compañía, había ido a buscarle para aconsejarle que dijese al marqués y a sus compañeros, que después de la imprudencia cometida no se dejasen ver al día siguiente en las calles de la ciudad, sobre todo en los barrios frecuentados por los indios.

Era evidente que el jefe de policía temía alguna complicación, y que hubiese dado cualquier cosa por ver a Cristóbal y a sus compañeros a cien leguas de la ciudad. Le tranquilizaron anunciándole que habían decidido marcharse aquella misma noche. Inmediatamente dispuso lo necesario para el viaje con el mayor celo, procuró a los viajeros mulas de refresco y un buen guía, y les dió por escolta cuatro soldados que debían acompañarles hasta la primera estación del ferrocarril.

La comitiva se puso en marcha a eso de las once de la noche y recorrió el mismo camino, haciendo las mismas jornadas en la mitad de tiempo que a la ida. Raimundo daba prisa a todos, y él, siempre tan sereno, parecía el más inquieto. Hasta la noche siguiente, cuando se vieron instalados en un vagón del ferrocarril de Pascamayo, no se dieron cuenta los viajeros de que aquella huida era algo ridícula.

—Somos más niños que la tía Inés y que la anciana Irene—declaró el marqués riendo.

Y todos fueron de su opinión.

Reanudada de nuevo la vida ordinaria civilizada, no comprendían cómo habían podido dejarse dominar por aquel pánico insensato, y todo por una cosa muy natural: el mal humor de un pueblo que ve interrumpidas sus ceremonias o su culto por la presencia de unos extranjeros, y que, por lo demás, debía de haber olvidado ya el incidente. Lo mejor sería que ellos lo olvidasen también cuanto antes.

El viaje terminó lo más agradablemente del mundo, entre carcajadas, porque Francisco Gaspar volvió a "enjuagarse" al embarcar con la misma agilidad de que hiciera gala al desembarcar.

Una vez en Lima, recobraron por completo la tranquilidad. Y antes de veinticuatro horas se había desvanecido el recuerdo de su "chiquillada" como ellos decían. Además, María Teresa encontró al regresar mucho trabajo atrasado. El guaño reclamaba prontas decisiones, y la joven tuvo que dedicarse por completo a los negocios y a los números. ¡La verdad era que no tenía tiempo de pensar en la famosa pulsera del Sol de oro! En el Callao, no levantaba la cabeza de los libros de caja hasta el momento en que Raimundo llamaba a su ventana para anunciarle que ya era hora de volver a Lima.

Una tarde (unos ocho días después de los acontecimientos de Cajamarca), los golpes de costumbre resonaron más pronto que de ordinario. María Teresa se levantó para recibir a su novio. Abrió la ventana. Pero aún no había acabado de abrirla, cuando retrocedió lanzando un grito sordo. No

era Raimundo quien estaba allí, delante de ella... Era... era... ya no distinguía nada en la obscuridad. Se restregó los ojos como si hubiera querido rechazar una alucinación... Y luego tuvo el valor, sí, el verdadero valor de inclinarse nuevamente hacia la calle... Parecíale que un bulto extraño y deforme se movía y se balanceaba en la obscuridad... un bulto que parecía el "cráneo en forma de pilón de azúcar", oscilando sobre su base...

Se volvió temblando de pies a cabeza... y entonces... y entonces creyó ver también, en los dos rincones más oscuros del despacho, balanceándose también con movimientos de péndulo conforme se iban acercando, "el cráneo en figura de capete y el cráneo semejante a una maletilla..." ¡Pudo creer en un momento de locura, pudo creer que aún duraba la obsesión de todas aquellas historias que había oído contar a propósito de la "pulsera del Sol de oro"! Hizo un esfuerzo prodigioso para rechazar aquella visión: ¡Vamos! ¡Vamos!... Demasiado sabía ella que los cráneos de las momias no se aparecen nunca sobre los hombros de seres vivos... Y, sin embargo, se acercaban, oscilando, balanceándose. Entonces lanzó un grito espantoso para rechazar la horrible visión, para pedir socorro: ¡Raimundo!... pero el grito se ahogó en su garganta. Las tres momias vivas se arrojaron sobre ella, el "cráneo en forma de pilón de azúcar" había saltado por el agujero negro de la ventana; y ahora los tres cráneos se inclinaban sobre ella, la sujetaban, la hacían enmudecer, la inmovilizaban y la sacaban

por el agujero negro de la ventana. Y aquel "boy" de sonrisa singular empeñaba el volante. Y el automóvil se alejó a toda velocidad en cuanto se acomodaron en él con su carga los tres monstruos, los tres espectros horrendos que ahogaban los gritos de la "esposa del Sol" apoyando en su boca sus repugnantes manecitas de momias vivientes...

## LIBRO TERCERO

EN el Callao, Raimundo subía melancólicamente por la "calle de Lima" esperando que llegase la hora de ir a recoger a María Teresa. Volvía de la Dársena y pensaba en las desagradables noticias que le habían dado los ingenieros del puerto. Estos señores ingenieros de Caminos y Canales no le habían ocultado que, dada la situación política del país, no le sería fácil emprender cualquier clase de trabajo en las minas de oro abandonadas de Cuzco. Desde hacía dos días se batían al otro extremo del Perú, o hacían como que se batían. En fin, el caso era que gastaban pólvora.

El pretendiente García, a quien creían en Arequipa disponiéndose a celebrar tranquilamente sus triunfos, había conseguido sorprender con gran parte de sus tropas la retaguardia del ejército republicano acampado entre Sicuani y Cuzco. Y hasta corría el rumor de que Cuzco había caído en su poder.

Si la noticia se confirmaba, aún pasaría mu-